

Jacques Baudouin



EL
MANDARÍN
BLANCO

PLAZA JANÉS

NOVELA HISTÓRICA

Annotation

Roma, 1702. El Papa confía al sacerdote Teodorico Pedrini la más extraordinaria de las misiones. Compositor y afamado clavecinista, deberá viajar a China para conseguir la conversión del Hijo del Cielo. El mandarín blanco es la novela de esta aventura que llevará a Pedrini, atravesando océanos y continentes, hasta Pekín. Desde Saint-Malo hasta las costas de Perú, desde México hasta Manila y Macao, su viaje durará siete años repletos de descubrimientos y exotismo, amores y amistades, excelsas músicas y terribles preguntas sobre Dios y el mundo.

Perseguido por el recuerdo de la noble Gabriella Braschi, cuyo trágico fin le llevó a ordenarse-sacerdote, y de la mestiza María del Carmen, por la que sintió una ardiente pasión en América, Pedrini llega a Pekín en 1711 China y sus misterios surgen ante él y en ellos se sumerge hasta convertirse en el mandarín blanco, músico de la corte, amigo del emperador Kangxi y, en plena Controversia de los Ritos, adversario de los jesuitas.

JACQUES BAUDOIN

El mandarín blanco

Traducción de Esther Andrés

Plaza & Janes Editores, S. A.

Sinopsis

Roma, 1702. El Papa confía al sacerdote Teodorico Pedrini la más extraordinaria de las misiones. Compositor y afamado clavecinista, deberá viajar a China para conseguir la conversión del Hijo del Cielo. El mandarín blanco es la novela de esta aventura que llevará a Pedrini, atravesando océanos y continentes, hasta Pekín. Desde Saint-Malo hasta las costas de Perú, desde México hasta Manila y Macao, su viaje durará siete años repletos de descubrimientos y exotismo, amores y amistades, excelsas músicas y terribles preguntas sobre Dios y el mundo.

Perseguido por el recuerdo de la noble Gabriella Braschi, cuyo trágico fin le llevó a ordenarse sacerdote, y de la mestiza María del Carmen, por la que sintió una ardiente pasión en América, Pedrini llega a Pekín en 1711 China y sus misterios surgen ante él y en ellos se sumerge hasta convertirse en el mandarín blanco, músico de la corte, amigo del emperador Kangxi y, en plena Controversia de los Ritos, adversario de los jesuitas.

Título Original: *Le mandarín blanc*

Traductor: Andrés, Esther

Autor: Baudouin, Jacques

©2001, Plaza & Janes Editores, S. A.

ISBN: 9788401328367

Generado con: QualityEbook v0.87

Jacques Baudouin

El mandarín blanco

TÍTULO original: *Le mandarín blanc*

Primera edición: mayo, 2001

de la traducción: Esther Andrés
2001, Plaza & Janes Editores, S. A.

ISBN: 84-01-32836-5

A Martine Mairal

PRÓLOGO

DESDE la terraza del Templo de las Nubes, Teodorico Pedrini contemplaba el mundo. Pekín quedaba lejos. Por las escarpadas montañas corrían retazos de bruma. Los árboles de tortuosas formas colgaban en el vacío. Tenía frío. Sus ropas de mandarín, ¹ de las que tan orgulloso se había sentido en otro tiempo, pronto no serían más que harapos. La gastada seda empezaba ya a deshilacharse. La sotana negra con la que había desembarcado en China, treinta años antes, también había perdido el lustre de antaño. Al igual que sus ropas, ¿también su gloria se borraría del recuerdo de los hombres y su destino dejaría tan poco rastro como un pájaro en el cielo?

Él, un hombre que debería haber vivido y muerto en su pueblo a orillas del Adriático, estaba ahora, sin embargo, meditando sobre su fin en el corazón de una ermita perdida en la cumbre de los montes del Shanxi. En otros tiempos había conocido los fastos de Roma, las pompas de la Iglesia y el secreto de los Papas. Se había enfrentado a los peligros de océanos y estrechos, a las voluptuosidades del Nuevo Mundo y al infierno del Pacífico. Había servido a tres emperadores de China, penetrado en los misterios de la Ciudad Prohibida y sufrido en sus propias carnes las peores traiciones. Había experimentado la grandeza del sacerdocio. También había conocido todas las tentaciones y bellezas del mundo. Había amado. Con pasión, con rabia a veces. Pese a las prohibiciones. El recuerdo de aquellos amores aún le hacía estremecerse. Cada una de aquellas mujeres, a su modo, había mezclado su vida con la de él para conducirlo hoy a la terraza de ese templo. ¿Quién había tejido de aquella forma su destino? ¿Aquello que los hombres llamaban allá la Divina Providencia o, aquí, el Tao?

En el fondo daba igual, puesto que había permanecido fiel a sí mismo.

En el otro extremo del mundo, donde había nacido, sin duda ya le habrían olvidado. Allí, en el corazón de China, ¿quién se acordaría de él cuando hubiera desaparecido? ¿Quién se acordaría de que le llamaban el mandarín blanco? Se preguntó si, en algún rincón del universo, existiría un lugar donde se cumplieran las promesas de inmortalidad intercambiadas con los seres que se habían cruzado en su camino. Pero si le esperaba la nada, si el mundo no era más que un teatro de sombras, tanto sus faltas como sus virtudes carecían ya de sentido.

¿Acaso su luminosa vida no había sido más que un inmenso desvío para llegar hasta allí, al punto de partida: al nacimiento de un día? A menos que, del mismo modo como Tchouang Tseu soñara que era una mariposa, él sólo hubiera soñado que era Pedrini.

De él quedaría, no obstante, la música, su más fiel compañera, la que le había consolado de todo y a la que él había dado todo. Sólo ella le sobreviviría. A lo lejos sonó un gong. Ahora sabía que el orden del mundo estaba en lo que no se veía. Formaba una unidad con él, igual que él formaba una unidad con sus recuerdos. Sería, por siempre jamás, aquel niño que esperaba alcanzar el cielo tocando las teclas de un órgano.

LIBRO PRIMERO

LA LIBERTAD Y LA GRACIA

1

—¡NO, no acepto más alumnos!. —repitió Caproli.

—Maestro, escuchadme al menos —insistió Teodorico —.Ya veréis...

—Ni hablar. No insistas más, muchacho, ¡y sal de mi casa!

Pedrini se jugó el todo por el todo. Se lanzó hacia el clavecín situado al otro extremo de la sala y, antes incluso de que Cario Caproli hubiera podido reaccionar, atacó una de las más famosas *canzoni* de Frescobaldi a un ritmo endiablado. La dificultad de aquella pieza era de sobras conocida. El *tempo* del *allegro* era tan rápido que se contaban con los dedos de una mano los músicos capaces de interpretarla sin tropiezos, en aquel año de 1686, en Roma. Pedrini no cometió ni un error.

—¿Dónde has aprendido a tocar así? —preguntó el anciano maestro con brusquedad.

—En Fermo, mi ciudad natal, con el padre Columba.

—O él es un genio desconocido o tú eres muy bueno.

—Fue un maestro muy severo.

Caproli examinó más atentamente al joven que, con tanta insolencia, acababa de imponerle su talento. Debía de tener unos quince años, pero tenía ya la estatura de un hombre. Un rostro fino, una mirada desvergonzada, negra como una tormenta, una espesa cabellera morena que le daba aspecto de *condottiere*, vestido descuidadamente con una casaca y unas calzas de paño, los zapatos llenos de barro. Otro provinciano que venía a probar fortuna. Pero éste no era como los demás.

—¿Qué esperas de mí?

—Todo. Cómo llegar a ser el mejor clavecinista de la ciudad, cómo componer, cómo inventar. ¡Cómo ser conoci-

do!

—¿Quieres ser músico? ¡Pobre muchacho! Mejor hazte soldado o cura, ¡comerás más a menudo!

—Ni una cosa ni otra. Seré músico o nada.

Al menos sabe lo que quiere, pensó Caproli.

—¿Tienes dinero para pagarme?

—El conde Spinucci aceptará pagarme las clases. Ya financia mis estudios en el Colegio Pianum.

—¿Con los jesuitas? ¡Jamás te dejarán salir!

—De eso me ocupo yo.

—Eres muy presuntuoso.

—¿Acaso creéis que les pedí permiso para salir y venir hasta aquí?

Caproli se echó a reír. Aquel mozalbete le gustaba.

—De acuerdo —dijo—. Cada dos días, a las doce, aquí. Empezamos mañana.

—¿Y bien? —inquirió Gian Battista.

—¡Acepta!

—Bravo.

—¿Estás seguro de que tu padre podrá pagar?

—Me lo prometió.

Gian Battista y Teodorico eran como dos hermanos. El primero, hijo mayor del conde Spinucci, cuidaba del segundo, dos años más joven, como a la niña de sus ojos. Su amistad no era producto del azar. La habían heredado de sus respectivos padres, quienes habían estrechado el primer lazo de aquella relación durante la revuelta de Fermo, pequeña aldea de las Marcas de Ancona, cuarenta años atrás. Juntos, pueblo y nobleza se habían rebelado contra el vicegobernador, monseñor Visconti, que les oprimía con sus impuestos y su desprecio. El conde, casi un niño aún, había recibido una bala en pleno pecho y había salvado la vida gracias a la intervención del padre de Teodorico, algo mayor que él. Más tarde transmitieron a sus hijos aquella alianza nacida de los combates en la calle y, cuando el con-

de decidió enviar a Gian Battista a Roma para continuar sus estudios, nadie imaginó siquiera que Teodorico no le siguiese.

Para los dos muchachos, acostumbrados únicamente a las clases del padre Columba, la vida en el colegio les pareció muy austera. Si antes el ritmo de su existencia estaba marcado por los juegos, las cabalgatas en el campo y las carreras detrás de las chicas,

desde entonces lo estuvo por los oficios religiosos y los estudios. Latín, griego, retórica, teología, matemáticas, nada se les escatimó. A pesar de la disciplina impuesta por los jesuitas, ambos jóvenes fueron suficientemente ingeniosos como para procurarse un poco de libertad. Los curas no lo ignoraban, pero el dinero del conde Spinucci les inclinaba a cerrar los ojos. Éste sabía bien que Teodorico y Gian Battista debían aprender en la calle lo que sus maestros no les enseñaban, es decir, lo esencial: la compañía de las mujeres.

Cario Caproli era uno de los miembros más prestigiosos de la Congregazione di Santa Cecilia, la más famosa academia musical de Roma. Vivía en el primer piso de una venerable mansión que daba al Campo dei Fiori. Desde sus primeras clases, Teodorico comprendió que las del padre Columba no habían sido más que una introducción a un universo infinito del que Caproli poseía todas las llaves. Persiguiendo sin piedad notas desafinadas, errores de armonía, de tempo o de solfeo, enseñó a su alumno los secretos del contrapunto y del bajo cifrado, consiguió hacer de él un virtuoso del clavecín y, cuando Teodorico le dio a escuchar sus primeras *aria*, no lamentó haberlo aceptado como discípulo.

—Si quieres ser un músico completo, también tienes que conocer el órgano —afirmó.

—He tocado el de la iglesia de Fermo —respondió Teodorico—. Pero era muy pequeño.

—Ven conmigo.

Teodorico siguió al maestro hasta la iglesia de San Andrea della Valle, y, subiendo a la tribuna, descubrió el instrumento, detrás de la caja. Dos teclados de tres octavas cada uno, unos pedales de madera para accionar los registros, unos tubos impresionantes que se elevaban como olas hacia las bóvedas, una máquina formidable que se puso a resoplar como un dragón. Teodorico quedó maravillado.

—He escrito algunas *toccatas* —dijo Caproli poniéndole una partitura delante de las narices—. Veamos si ésta te inspira.

Se instaló, escogió los juegos, principal, bordón, flauta y cromorno, y se puso a tocar. La música invadió el espacio, vibrante, majestuosa. Conquistado por la belleza de los timbres, Pedrini permutó los registros, puso la corneta, añadió la flauta de cuatro pies, hizo sonar la trompeta y luego el órgano mayor. Toda la potencia del instrumento estalló, triunfante, en la iglesia. Mientras sus dedos corrían de un teclado al otro, se sintió dueño de aquella masa sonora que todo lo arrastraba. Cuando se detuvo, aún le temblaban las manos por haber provocado tamaña explosión. Caproli, por su parte, comprendió que aquel Pedrini pronto sería mejor que él.

Teodorico paseaba por la *via dei Cappellari* cuando oyó gritos que provenían del *Campo dei Fiori*. Corrió hacia allí. Todo el pueblo de Roma parecía haberse dado cita en aquel lugar. En un tablado montado en el centro de la plaza, un verdugo golpeaba a alguien que la muchedumbre le impedía ver. A cada golpe, el condenado lanzaba un espantoso grito de dolor. Se abrió camino hasta las primeras filas y descubrió a un pobre hombre medio desnudo, atado boca abajo en un banco de madera. De pie junto a él, el verdugo le azotaba cadenciosamente la espalda con un vergajo.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Teodorico al hombre que estaba a su lado, un vendedor de buñuelos que apro-

vechaba el acontecimiento para dar salida a su producto.

—Es un *ladrone*, un ladrón. Según parece, le robó la bolsa a un cardenal. Eso no tiene perdón. Un consejo, *cavaliere*, ¡nunca la tomes con un cardenal! Ese de ahí puede considerarse afortunado si no le cortan la mano como hacían en mi época.

Se estremeció e hizo ademán de irse, pero el hombre lo retuvo asiéndole del brazo.

—¡Quédate, imbécil, aún no has visto nada! Va a haber una ejecución —dijo—. Y no hay que perdersela porque no volveremos a ver otra en mucho tiempo. Desde que Inocencio XI es papa, los condenados a muerte escasean.

Teodorico se quedó, dividido entre la curiosidad y la aprensión. Hicieron subir a un hombre al tablado. Las piernas no le sostenían. Le habían aplastado los pies, desarticulado los brazos, iba medio desnudo y en el pecho se veían rastros de sangre. En su rostro devorado por el miedo, Teodorico leyó el mayor de los desesperos. Gimiendo de dolor, el hombre tuvo que arrodillarse. Un extraño silencio cayó sobre el Campo dei Fiori. El *bargello*, el jefe de la policía, apareció anunciando que el criminal, previamente sometido a interrogatorio, había confesado el asesinato de su hija y había sido condenado al suplicio del *martello*. El hombre que estaba junto a Teodorico empezó a gritar de repente: «¡Que muera!», levantando el puño. Toda la muchedumbre lo imitó mientras un sacerdote ponía un crucifijo de plata en los labios hinchados del condenado y le daba la bendición. Fascinado, Teodorico miró al verdugo agarrar un enorme mazo de madera. El desdichado aulló de terror como si acabara de entender lo que le esperaba. El otro empuñó el arma con ambas manos y la abatió sobre la sien del condenado que se hundió sin una queja. El verdugo le dio la vuelta y de un navajazo le abrió el vientre. Las entrañas se desparramaron como serpientes hormigueantes y un olor pestilente alcanzó la pituitaria de Pedrini. En el mismo instante, el supliciado volvió a abrir unos ojos desorbitados.

Estaba viendo la muerte cara a cara. El verdugo lo agarró del pelo, le tiró la cabeza hacia atrás y le rebanó el cuello con un rápido gesto.

Teodorico huyó tan deprisa como pudo. En la esquina de la casa de Caproli se detuvo para vomitar su horror y su repulsa. ¿Cómo podían ser tan crueles los hombres, cómo podía gustarles un espectáculo tan indigno? Aquella justicia no podía ser la de Dios. Siendo tan bárbara, tenía que ser la de los hombres. ¿Y un sacerdote había sido cómplice de ella? Asqueado, se preguntó de qué hipocresía estaba hecho el mundo. Los jesuitas del colegio les repetían que Dios era misericordioso y que los hombres debían seguir el ejemplo de Cristo. La ejecución que acababa de ver demostraba todo lo contrario. Cualesquiera que fueran sus crímenes, ningún hombre merecía tamaña crueldad. Entró en casa de Caproli lleno de disgusto. De pronto la música le parecía fútil y sin objeto.

—Desengáñate, hijo mío —dijo el maestro—. La música lo cura todo, incluso la muerte. O el aburrimiento. Lo cual viene a ser lo mismo. Y nos pone a todos al mismo nivel: reyes o mendigos, pobres de espíritu o filósofos, todos lloramos cuando es hermosa y bailamos cuando es alegre.

—¿Los reyes también? —se asombró Teodorico.

—¡Sobre todo los reyes! Nadie se aburre más que ellos en esta tierra.

—¿Cómo podéis estar tan seguro?

La mirada de Caproli se iluminó. Se pasó una mano por los largos cabellos blancos y fue a sentarse a su sillón.

—En otros tiempos conocí a uno. En París, adonde el cardenal Mazarini me había invitado para que fuera a componer óperas para la corte. Fue hace mucho tiempo, en 1655. Mazarini dirigía el reino de Francia, ¡él, un italiano de los Abruzos! Luis XIV era por entonces un rey muy joven.

—¿Y se aburría?

—Aún no, pero exigía nuevos entretenimientos sin cesar. En aquella época yo componía cantatas, muy en voga